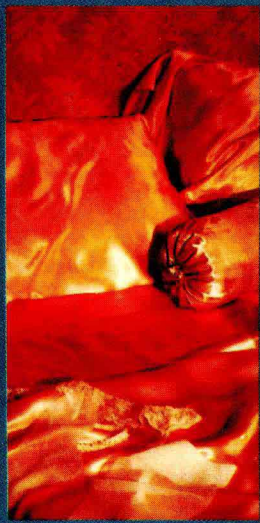
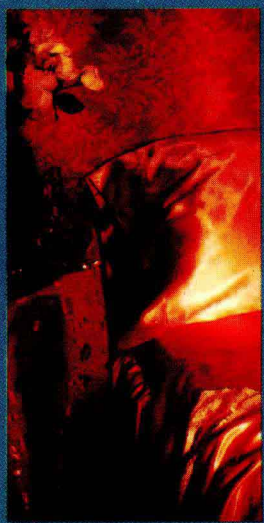


RAFAEL LORET DE MOLA



ALCOBAS DE PALACIO

grijalbo

RAFAEL
LORET DE MOLA

ALCOBAS
DE PALACIO

grijalbo

ALCOBAS DE PALACIO

© 1995, Rafael Loret de Mola

D.R. © 1995 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.
Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282
Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

*Este libro no puede ser reproducido,
total o parcialmente,
sin autorización escrita del editor.*

ISBN 970-05-0600-2

IMPRESO EN MÉXICO

RAFAEL LORET DE MOLA



ALCOBAS DE PALACIO

grijalbo

ALCOBAS DE PALACIO

RAFAEL
LORET DE MOLA

ALCOBAS
DE PALACIO

grijalbo

ALCOBAS DE PALACIO

© 1995, Rafael Loret de Mola

D.R. © 1995 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.

Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282

Argentina Poniente 11230

Miguel Hidalgo, México, D.F.

*Este libro no puede ser reproducido,
total o parcialmente,
sin autorización escrita del editor.*

ISBN 970-05-0600-2

IMPRESO EN MÉXICO

*A Marcela y a Julio
A quienes conservan la
dignidad ante el poder*

“Algún día, en algún lugar, ¡alguien hará justicia!”, reza la sentencia pronunciada por el pueblo inerme ante los abusos de la omnipotencia. Esa letanía se escucha también en los labios de los agraviados partidarios de Francisco López Arenas, el candidato presidencial del Partido de las Instituciones Revolucionarias (PIR) que fue alevosamente asesinado,* y en los encendidos discursos de los disidentes. Para sortear los reproches, quienes se hallan instalados en la cúpula del poder recurren siempre a la misma frase: “Estamos inmersos en la cultura del rumor”. Entre ambas sentencias, no resulta difícil escoger.

Tanto odio, tantas muertes, tanta sangre política derramada, merecen una explicación. El misterio trasciende el periodo sexenal, característico de la peculiar democracia que sostiene el principio antirreeleccionista pero no cancela la vigencia de los grupos adheridos con fruición al mando terrenal.

En Los Laureles, la residencia oficial redecorada al gusto de su nuevo ocupante, se analizan los rumbos por los cuales se aventurará el gobierno recién entrado en funciones.

—Recuérdelo: no hay peores celos que los políticos —alecciona el otrora maestro rural Alberto Paz, quien coloca la mano derecha

* Véase *Presidente interino*, del mismo autor, Grijalbo, 1993.

sobre el hombro del presidente de la República, Mario Delgadillo del Toro, y añade en tono paternal — : Usted tiene talento y perspectiva, señor. No permita que lo envenenen.

— ¿Quiénes, profesor? ¿Acaso usted podría tirar la primera piedra? — pregunta el mandatario, mirando directamente a los ojos de su interlocutor.

Surgido al calor de la catástrofe política más severa en la historia del país, el presidente es hombre de esquemas y síntesis. Formado en institutos tecnológicos y doctorado en economía por la Universidad de Yale, aborrece los recovecos y las palabras rebuscadas. De estatura mediana, rígido hasta en el andar y con permanente expresión tensa en el rostro, Mario Delgadillo arribó al poder sin haber alcanzado a entender, de lleno, la idiosincrasia de los suyos, quizá como resultado de su prolongada estancia en las filas burocráticas, en el encierro administrativo.

— Todos, señor, hemos pecado — responde, como si recitara un pasaje bíblico, el experimentado político Paz, cuya trayectoria incluye la titularidad de ministerios a lo largo de cinco administraciones y la regencia de la ciudad capital — . Pero algunos lo hicimos para salvar a la República; otros, en cambio, lanzaron andanadas dirigidas a destruir lo que con tanto esfuerzo habíamos edificado. Usted debe identificar a cada quien y, entonces, podrá captar lo mejor de nosotros.

— ¿Cómo explicar todo esto a un pueblo que votó masivamente en favor de la paz? ¡Cuán emocionante fue aquella jornada electoral! — rememora, con fugaz entusiasmo, el titular del Ejecutivo — . Mientras los extremistas auguraban el fin del sistema, 17 millones de compatriotas sufragaron por nuestro partido, rechazando así las invitaciones a la anarquía y el caos. Por ello llegué a la presidencia con fuerza y, sobre todo, con la moral en alto.

— Pero también hay negras herencias, señor presidente — apunta, con una ligera inclinación y el esbozo de una sonrisa, el maestro setentón de figura jovial.

— Lastres, mejor dicho. Lastres que pretenden atarme al pasado. Debo gobernar para todos... pero no se dejan. Las rebatiñas, los

golpes bajos, las intrigas, conforman nuestro hábitat natural. Hemos descendido a la antropofagia política: nos devoramos unos a otros para conservar el poder.

— Por todo ello, señor presidente, es necesario aclarar los crímenes — sugiere, en tono solemne, el alto y garboso Paz.

— ¿Llegar hasta el fondo, profesor? ¿Se da usted cuenta de lo que podría pasar? — interroga, sin ocultar su angustia, el joven mandatario de incipiente calvicie.

— Nada que no se haya insinuado o dicho ya, señor presidente — remata con tranquilidad el también exitoso empresario.

Poco antes de que se consumara la sucesión presidencial, cuando parecían disipadas las turbonadas de la oposición y Mario Delgadillo, tras una relampagueante campaña proselitista como candidato sustituto, intentaba conciliarse con la heterogénea composición de su partido, se impuso de nuevo la barbarie, al ser asesinado José Pablo Roca Mateos, coordinador general del PIR.

El político pirrista fue acribillado mientras desayunaba con una veintena de diputados de su partido. Un joven ataviado con chamarra oscura y botas de piel de víbora, acreditado como guardia personal del legislador Gabriel Meneses Tamiahua, de Laguna Nueva, se acercó a la mesa de Roca Mateos y, sin que nadie pudiera detenerlo, le disparó a quemarropa. Enseguida tiró la metralleta, encasquillada tras soltar dos tiros, y se entregó. La víctima falleció minutos después de que la ambulancia la depositara en el Hospital Ibérico, situado a cuatro kilómetros del lugar de la tragedia y que, por cierto, no era el nosocomio más cercano. Fue, a todas luces, una ejecución con las características de las *vendettas* sicilianas.

Después de haber expresado sus condolencias a los deudos de José Pablo Roca Mateos, el entonces candidato del PIR a la presidencia de la República dialogó con el jefe de su escolta, el general Teodosio Damirón:

— ¿Cómo pudo ocurrir algo así? — preguntó, apesadumbrado, Delgadillo.

— No es comprensible en términos militares — respondió secamente el oficial de rostro surcado por las asperezas de la discipli-

na —. Parece que la infiltración es muy seria. Lo mismo sucedió con el otro asesinato, el de Francisco López Arenas.

— ¿Cuál es su hipótesis, general? —apuró el ex ministro de Enseñanza.

— Que se trata de una conjura.

— ¿De quiénes? —interrogó el aspirante pirrista, cuya voz pareció quebrarse por la ansiedad.

— Sólo hay dos posibilidades, señor —planteó el militar, al tiempo que se acariciaba la barbilla—. Si vemos hacia dentro, debemos reconocer que hay grupos en pugna... y, hacia fuera, sólo nos queda el equipo del presidente de la República.

— Pero... César López Arenas, el señor presidente, quería mucho a Roca Mateos. Fue cuñado suyo, amigo fraternal de toda la vida —dijo, con los ojos muy abiertos por la incredulidad, Delgadillo.

— Afirmativo, señor —coincidió el general Damirón—. Pero eso no quiere decir que los mandos medios y quienes se sienten desplazados dejen de cobijarse bajo la figura presidencial. Son muchos los intereses creados, incluso de origen familiar.

José Pablo Roca Mateos, hombre robusto y de baja estatura, con bigote bien cortado, cejas medio pobladas y un permanente gesto entre displicente y juguetón, conocido por sus frases lapidarias y los acuciosos análisis políticos que entregaba a “la inteligencia” de su partido, se había casado con Aurora López Arenas, hermana de César, cuando iniciaba su ascenso a través de los intrincados senderos del poder. En apariencia, ese matrimonio constituía una especie de alianza, al estilo de las cortes europeas. La familia López, integrada por miembros hechos para el mando, requería establecer vasos comunicantes con elementos jóvenes, altamente capacitados y muy solventes. Aunque las cosas marcharon bien durante un tiempo, las diferencias conyugales, cada vez más frecuentes y ríspidas, eran notorias para propios y extraños. Cierta noche, las cosas llegaron a un punto irreversible:

— ¿Qué significa esto? —exclamó la sorprendida Aurora al entrar en la alcoba principal de la casa, tras haber llegado temprano de su habitual y entretenida sesión de canasta—. ¡José Pablo! ¡Dios mío!

Roca Mateos, ante la inesperada aparición de su esposa, intentó cubrir con las sábanas la tosca figura de su acompañante.

—¿Qué haces aquí, Aurora? —balbuceó el infiel sorprendido en flagrantia.

—¿Qué significa esto, infeliz? —repitió, iracunda, Aurora—. ¡Sinvergüenza! ¡Maricón!

Deshaciéndose en lágrimas, producto de la rabia y el desencanto, Aurora narró el incidente a su madre, doña Manuelita, quien personal e inmediatamente se encargó de expulsar al yerno del hogar conyugal... para evitar daños mayores, temerosa de una violenta reacción de su marido, don Francisco, y de sus vástagos.

En efecto, surgieron expresiones de indignación y deseos de desquite cuando los varones del clan López se reunieron en improvisado conciliábulo para tratar el delicado asunto familiar:

—¡Voy a matarlo! —gritó, fuera de sí, Francisco, el primogénito.

—¡Vaya que lo merece! —apoyó el patriarca, Francisco López del Castillo, prominente político de la década de los cincuenta y a quien la noticia avejentó en un santiamén.

—Que Aurora se divorcie está bien... pero nada más. ¿Qué vamos a ganar agrediendo a Pepe Pablo? —terció César, saliendo en defensa del cuñado vilipendiado.

—¡Evitar que se burle de nosotros! —reviró, sin dar crédito a las palabras de su hermano menor, el colérico Francisco.

—La burla más cruel sería —replicó, serenamente, César— caer en el escándalo social y darle a Pepe Pablo la condición de víctima.

—¡Hum! Tienes razón, imaldita sea! —concedió, contrariado, don Francisco—. Pero, eso sí, que quede muy claro que no recibirá nunca más algo de nosotros.

Con todo, tiempo después de la separación turbulenta, José Pablo Roca Mateos fue promovido al gobierno de la costeña provincia de Gladiador... con el apoyo incondicional de César López Arenas, entonces ministro de Planeación.

—¿Cómo se atrevió César a tanto? —interrogó Francisco a su padre, al hacerse pública la nominación del aborrecido ex cuñado.

—Sólo él lo sabe —respondió, a manera de disculpa, López del Castillo.

—No lo niegues, papá: hay mar de fondo. Quizá, César...

—¡Cállate! ¡Cállate, Francisco! No permitiré jamás que hagas esas insinuaciones sobre tu hermano. ¿Está claro?

Cuando César López Arenas llegó a la primera magistratura del país, luego de un fulgurante paso por los más prestigiados centros de estudios superiores de la Unión Americana, donde obtuvo dos maestrías, el doctorado en economía y la admiración de sus mentores, así como de una breve y brillante carrera burocrática, Pepe Pablo conservó canonjías y fincó, de hecho, un cacicazgo en su entidad natal; nada enturbió la tranquilidad del gladiadorenses: ni las constantes denuncias sobre asesinatos de disidentes (más de 70 en los primeros cuatro años de su gestión), ni las evidencias sobre los prósperos negocios realizados a la sombra del poder, incluyendo despojos, con los que solidificó fortunas y amplió convocatorias.

Satisfecho del desempeño de Roca Mateos, el presidente López Arenas repetía a los cuatro vientos: “Pepe Pablo es un magnífico gobernador. Me presenta los conflictos resueltos. ¡Tiene un impecable criterio político!”

Casado en segundas nupcias, Roca Mateos nunca dejó de mostrarse acompañado de algunos de sus mejores alumnos, que parecían cortados con la misma tijera: cortesos muchachos de pulcra vestimenta, cuidada cabellera y extrema delgadez. Tampoco descuidó, ni un solo instante, el trato con su otrora cuñado quien, una y otra vez, le dio muestras de un singular afecto... incomprensible para la familia López Arenas.

“Veo en José Pablo Roca Mateos a un colaborador de excepción, honesto y talentoso. Un orgullo para la nación y para sus amigos”, solía elogiar el mandatario, haciendo un guiño intencionado. A cambio recibía siempre del gladiadorenses la sonrisa abierta y el cálido abrazo en que se fundían identidades. Eran aliados y nadie podía sostener lo contrario; pero tampoco nadie podía adivinar en aquel entonces lo que el destino les deparaba.